

LA MEDICINA POPULAR CANARIA

Los adivinadores

I

El curanderismo canario, tan arraigado en la tierra a pesar del entrecruce con otras culturas, se presenta bajo distintas modalidades y características que no hemos encontrado al estudiar el de otros pueblos. Fue perseguido, como es lógico pensar, por los Prelados y el Santo Oficio durante el tiempo que estuvo implantada la Inquisición en España y sólo después de los esfuerzos de la civilización y de la cultura, ha llegado a ser casi dominado en las capitales y pueblos de singular importancia, pues aún hoy se hecha de ver que en los menos habitados siguen ejerciendo su influencia estos explotadores de la ciencia del curar.

Estas modalidades están representadas por los siguientes grupos encargados de tratar y curar las enfermedades con arreglo a métodos distintos, nacidos en la incultura o en el seno de una civilización mal comprendida. Al fin y a la postre, son todos ellos actores que se mueven dentro del escenario común del curanderismo. Tales son:

1.º—Los adivinadores que predicen el futuro, oculto o desconocido, según los movimientos de las estrellas, las rayas de las manos y las cartas de la baraja.

2.º—Los hechiceros que actúan sobre la vida o los afectos de una persona mediante figurillas de cera o arcilla, atravesadas por alfileres, o ejerciendo influjo maléfico sobre otra persona, al mirarla de cierta manera.

3.º—Los brujos que en sus andanzas nocturnas por llanuras y montañas dejan entrever, en las claras noches de luna, su flaco cuerpo, su nariz afilada y puntiaguda y manos sarmentosas agarradas a la famosa escoba, o dan-

zando al son de banderas y guitarras para dar fe de su pacto con el diablo.

4.º—Los santiguadores que desempeñan la medicina popular valiéndose de rezados y oraciones en los que se emplean palabras y símbolos santos.

5.º— Los saludadores o embaucadores que se dedican a curar y precaver las enfermedades con el aliento, la saliva y ciertas fórmulas cabalísticas y mágicas

y 6.º—Los duendes cuyos espíritus habitan en algunas casas causando en ellas estruendos, ruidos de cadenas y apariciones del alma del otro mundo a personas que dejaron incumplidas sus promesas en el que vivimos.

De todos ellos, sólo voy a referirme en este trabajo, a los adivinadores que, como acabo de decir, predicen el futuro por los movimientos de los astros, las rayas de las manos y las cartas de la baraja.

II

Desde los finales de la Edad Media y comienzos de la Moderna, adquirió la Astrología una gran importancia dentro de la medicina, pues era ciencia aceptada con beneplácito por todas las personas cultas. Si el horóscopo resultaba inexacto, no había que achacarlo a la falta de correspondencia o correlación entre el juego de las fuerzas celestes y la vida del hombre, sino a la imperfección humana para descubrir las leyes de dicha correspondencia.

Según ella, el Universo estaba constituido por un Centro —la Tierra—, alrededor del cual estaban colocados de dentro a fuera tres capas: el agua, el aire y el fuego. Seguían a continuación una serie de esferas en las que los cuerpos celestes permanecían fijos, pero girando sobre sus ejes con velocidades distintas. La más interna estaba formada por la luna y era, por lo tanto, la más cercana a la tierra, siguiéndole en la misma forma y por este orden, las de Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno y la constituida por las estrellas fijas.

En este macrocosmos vivía el hombre y se le representaba como un microcosmos compuesto de cuatro humores (sangre, bilis negra, bilis amarilla y flema) que guardaban

relación con la tierra, agua, aire y fuego. De esta manera, las estrellas fijas que constituían la esfera superior, irradiaban hacia el centro del universo, fuerzas que regían los planetas y numerosas partículas de polvo errantes organizadas, que actuaban sobre los hombres como microcosmos que eran. En otras palabras dicho: el Universo era considerado como un inmenso ser viviente, el megacosmos, del cual el hombre, el microcosmos, no era más que su reproducción en miniatura. De modo que todas las partes del megacosmos tenían sus análogos en el microcosmos y sobre ellas ejercían su acción directa.

Como consecuencia de esta fuerza o potencia contenida en el interior del Universo, obtuvo el Cielo la facultad de hablar un lenguaje que fuera fácilmente comprendido por los astrólogos y filósofos. Y así Galeno opinaba que los momentos críticos de la muerte o curación de los enfermos correspondían a las diversas fases de la luna, y muchos de aquellos dijeron, que los planetas unidos al Sol y a la Luna, actuaban sobre las diferentes partes del cuerpo humano de la manera siguiente: el Sol sobre la parte derecha, la Luna sobre la izquierda, Marte sobre las partes genitales, Mercurio sobre los brazos, Júpiter sobre los pulmones, Venus sobre los órganos abdominales y Saturno sobre el bazo. Asimismo, Júpiter y Venus actuaban sobre la sangre humana, Saturno sobre la bilis negra, Marte sobre la amarilla y la Luna sobre la flema.

Es lógico suponer, por lo tanto, que los pobladores de las islas al contemplar los movimientos maravillosos de los astros y al observar la sucesión regular de los días y las estaciones se sintieran impresionados e inducidos a creer que los cuerpos celestes ejercían en los destinos humanos una acción decisiva dotada, a más, de índole divina. Por ello interpretaban, a su manera, la posición de la Luna en el firmamento, junto a las del Sol, planetas, estrellas y mar sobre sus enfermedades, interpretaciones que adquirieron popularidad y revistieron caracteres de axiomas, pues todos estos cuerpos al vivir en la esfera celeste, eran considerados como seres animados y vivos que ejercían un poderoso influjo en la fortuna y desgracia humanas.

Para demostrarlo vamos a pasar revista por algunas ramas de la medicina humana, en las que las predicciones

juegan el mismo papel que hace la ciencia oculta, cuando pretende realizar cosas extraordinarias y admirables. Y así, por ejemplo, dentro del campo de la Obstetricia canaria resulta curioso conocer las que hacían los adivinadores a los matrimonios isleños, cuando trataban de la unión de los cónyuges y de los embarazos, partos y sexos, como consecuencia de la misma.

A este propósito conviene recordar, que los primitivos canarios tenían a galardón el que sus compañeras tuvieran hijos fuertes para hacerlos hombres valerosos y decididos ante el peligro. Y a este efecto sometían a las mujeres antes del matrimonio a reposo en cama durante treinta días para engordarlas y ponerlas tensa la piel del vientre, pues tenían la creencia que las hembras flacas no podían tenerlos, al no poseer ésta la elasticidad y consistencia necesarias para crecer en longitud. Si por el contrario engordaban demasiado, las sometían a curas de enflaquecimiento dándoles unos cuantos baños de mar.

Una vez casados, predestinaban, que para lograr el embarazo era necesario que la cópula tuviera lugar estando la Luna en cuarto creciente o menguante. Ahora bien, si ambos participantes en la libido, deseaban que el nuevo ser fuera varón, tenían que orientar la cabecera del lecho hacia el mar y verificar el acto durante la Luna llena, en cuarto creciente, de madrugada o en pleamar, sobre todo en el primer caso, pues para los isleños la luna llena era símbolo de máximo poder sexual y su fase creciente, la excitadora del mismo. Si por el contrario, era deseo concebir una hembra, orientaban la cabecera del lecho hacia la cumbre, realizando la unión carnal durante los menguantes del satélite, o en la bajamar, pues consideraban que el poder genésico de los cónyuges disminuía en dicho período.

Al verificarse el parto predecían, que si éste tenía lugar en cuarto menguante, época en que solían presentarse con más frecuencia, el nacimiento era feliz y fácil y si coincidía, además, con la marea llena, el alumbramiento era también normal. En cambio, el parto era difícil si ocurría en cuarto creciente, peligrando de muerte la madre, cualquiera fuera el sexo del hijo recién habido, si tenía lugar en luna llena, y peligrando también la madre

si el sexo del nacido era femenino, cuando aquél se verificaba en luna nueva.

Con respecto al sexo decían que si el niño al nacer tenía dos roscas en una pierna y una o tres en la otra, el nuevo parto pertenecería al masculino, y si por el contrario la tenía en un lado, sería hembra el nuevo visitante.

Pasando al campo de la Dermatología, hemos de hacer patente la influencia que ejercían el sol, la luna y el mar sobre ciertas enfermedades de la piel, pues no debemos olvidar que estos elementos actúan principal y directamente sobre ella. En efecto, en los empeines, nombre con que se conocía en Canarias el herpes tonsurante, predaban que la leche del moral usada para hacer las aplicaciones, *in situ*, tenía que ser obtenida mediante incisiones practicadas en su corteza, durante el tiempo de la bajamar.

En las verrugas se valían, unas veces, de un verode al que le hacían tantos cortes como excrecencias de la piel tenían, o cogían un puñado de tierra para estregarlas. En el primer caso era condición para que surtiera efecto, el coger la planta y ponerla a secar después de cortada en el sitio desde el cual no se viera el mar y en el segundo, que el enfermo antes de tirar la tierra y entrar en la casa, hiciera la cura en noche de luna llena al tiempo que exclamaba extrañado:

Jesús, que hermosa luna.
Aquí te ven las verrugas.
Aquí me escondo
y más no te veo.

Acto seguido, cerraba bien la puerta de su domicilio y se entregaba al sueño para no ser visto por la luna, pues era creencia de los isleños que si se dormía a la luz del satélite de la tierra, se volvían lunáticos. De ahí que todos huyeran de padecer esta llamada locura intermitente que extinguía la facultad de discurrir por ser el cerebro el órgano de la razón y estar compuesta de flema, humor que está regido, como dije anteriormente, por la luna.

En la sarna se bañaban desnudos en el mar para restregarse después contra un árbol o sobre campos de maíz

o centeno recién segados. A continuación volvían a sumergirse nueve veces, durante las cuales tenían que recibir nueve olas de cada vez. Todas estas operaciones tenían que ser realizadas antes del amanecer a fin de lograr su curación. Seguidamente se secaban al sol cuando empezaba a aparecer por el horizonte y últimamente se vestían con ropa limpia dejando la sucia donde antes se habían desnudado. Si en uno de los tantos baños que llevaban a cabo, se clavaban una púa de erizo, los adivinadores aconsejaban no sacarla valiéndose de los dedos de la mano o instrumentos sencillos, sino dejándola en su sitio, pues tenían el convencimiento de que en la baja mar o a marea vacía, salían ellas espontáneamente.

En las escrófulas hacían uso de unas hojas frescas de la planta llamada moralillo, yerba mora o *solanus niger* machacadas antes de salir el sol, en un almirez. El producto obtenido lo colocaban en un trapo y lo apretaban con los dedos para hacer caer tres gotas en cada oído del paciente. Esta cura había que hacerla durante tres días de luna nueva y tres de cuarto menguante, tomando al mismo tiempo por las mañanas antes del amanecer, una infusión tibia hecha con dos hojas de la planta fresca a la que añadían agua azucarada o mezclada con leche.

Si pasamos ahora a otro orden de enfermedades en las que las curas habían de efectuarse sin la influencia y presencia del sol, no podemos menos de citar la que hacían de la hernia infantil, sobre todo en San Bartolomé de Lanzarote, pues ella estaba revestida de una serie de escenas que le daban carácter de teatralidad, no sólo por las personas que en ella actuaban, sino por no cumplirse en algunos casos la predicción. En efecto, en la noche de San Juan y antes de salir el astro del día, se congregaban en un campo donde hubieran cañas, un Juan y una María, acompañados de otro hombre y mujer que figuraban como padrinos, amén de convidados y curiosos. El llamado Juan abría con un cuchillo una caña (en Las Palmas y demás islas, un mimbre) teniendo cuidado de no desprenderla del tronco ni de llegar el corte a los extremos, pero lo suficientemente larga, para que pudiera pasar el paciente por la rajadura. Entonces se establecía el siguiente diálogo:

- Ah María.
—Ah Juan.
—Ah María.
—¿Qué quieres Juan?
—Ahí te va ese niño recto y quebrado.
—¡Que San Juan y la Virgen lo vuelvan sano!
Amén.

Inmediatamente lo pasaba Juan por la hendidura y lo recogía María en sus brazos, la que a su vez lo entregaba a los padrinos para hilar un poco de lana de oveja en su huso. Mientras esto sucedía, Juan amasaba un poco de barro y cuando una cosa y otra estaban a punto, Juan envolvía bien la caña, uniendo la hendidura con la lana hilada por María y la recubría después con el barro. Si al cabo de un año la rajadura de la caña o del mímbr se había soldado, el niño podía considerarse como curado y si por el contrario no lo estaba, había que repetir la cura al año siguiente en la misma noche de San Juan y antes de la salida del Sol.

Una vez terminada la ceremonia, los invitados bebían y comían dulces comenzando alegremente el día del santo.

Vemos, por todos estos ejemplos, la creencia que tenían de que el sol hacía daño sobre el organismo humano y por lo tanto las curas y los remedios había que hacerlas al margen de nuestro astro. Y por si ello fuera poco, basta añadir que esta predicción arraigada profundamente en el alma del pueblo isleño se siguió cumpliendo, como si no hubieran pasado tantos años, hasta alcanzar su verdadero significado en la manera de tratar la insolación, enfermedad debida a la introducción o entrada del astro del día en la cabeza de ciertas personas, especialmente en los niños que han estado horas y horas expuestos, en el campo, o en la playa, a la acción de los rayos solares, si ella no estaba cubierta con los medios apropiados. Entonces el enfermo era preso de cefalalgia, delirio, vómitos, convulsiones y fiebre, que llegaban a adquirir en algunos casos caracteres inquietantes.

Cuando esto sucedía no había más remedio que sacarlo y expulsarlo al exterior, a cuyo efecto se valían los curanderos de dos procedimientos: uno sencillo, consisten-

te en colocar al insolado en la oscuridad, para tirarle de los cabellos correspondientes a la cruz trazada de antemano sobre la cabeza y ponerle un vaso lleno de agua fría en posición invertida sobre el paño que la envolvía, a fin de que fuera poco a poco filtrándose el agua a su través. Cuando ya no quedaba líquido dentro del vaso, era llegado el momento de creer que el sol había salido de la cabeza. El otro medio, más doloroso y enérgico, lo llevaba a cabo la persona encargada de sacarlo, elegida de antemano, trincando los pelos del insolado y dándole tres tiros, con fuerza ascendente, hasta oírse la crepitación que producen al romperse. Colocada después sobre el cráneo una toalla doblada en tres picos, se le ponía encima, invirtiéndolo con rapidez, un vaso de agua fresca. Bastaba sólo esperar un poco de tiempo para ver subir las burbujas del aire a la parte alta del vaso, señal indeleble de que el sol estaba saliendo de la cabeza.

Tanto en uno como en otro caso, la operación no tenía éxito si no iba acompañada de los correspondientes rezos que los curanderos repetían tres veces seguidas, y terminaban con un credo. En esta cura, a la acción de los adivinadores, se añadía la de los santiguadores:

Sol, Sol
déjame al enfermo
con su gran valor.
Así como el mar
no puede estar sin agua.
Así como el monte
no puede estar sin leña.
Así como el cielo
no puede estar sin tí.
Sol, Sol:
Vete de aquí.

Si después de estos remedios quedaba agua dentro del vaso por haber salido el sol de la cabeza antes de que se terminara aquélla, había que coger el vaso con toda precaución y tirarla en la habitación más oscura de la casa, antes de que volviera a salir el astro del día.

III

Relacionado con la Astrología, tenemos que hablar de la sangría, operación comúnmente usada por los hombres de los pasados siglos para arrancar de las garras de la muerte, el mayor número de sus presuntas víctimas. Nació ella de la idea demonística de que al ser extraída la sangre se daba salida al demonio causante de la dolencia, como lo demostraba el alivio y bienestar logrados al terminar la operación. Como la evacuación de la sangre fue siempre la indicación más importante para la flebotomía, había que tener presente la posición de la luna en el firmamento para determinar el punto del cuerpo dónde debía de practicarse y el principio capital de que no debía de llevarse a cabo en aquella parte del organismo en cuya constelación se hallaba la Luna.

Por otro lado, el momento apropiado era diferente según los distintos temperamentos de las personas. Así tenemos que cuando la Luna se hallaba en el signo caliente y húmedo de Géminis, Libra o Acuario, debían de ser sangrados los sanguíneos; si lo estaba en el caliente y seco de Aries o Sagitario, debían serlo los coléricos; si se encontraba en el signo frío y seco de Tauro o Virgo los melancólicos y finalmente los flemáticos, si se hallaba en el frío y húmedo de Cáncer, Escorpión o Piscis.

Con arreglo a estas predicciones, las mujeres canarias se sangraban a los tres meses de estar embarazadas, operación que repetían a los siete y en general todos los isleños lo hacían cada año, en los días de San Antonio y San Juan, sin olvidar que era mala práctica efectuarla, cuando la Luna y la marea estaban llenas. La flebotomía la realizaban casi siempre en la vena del brazo y menos veces en las de la frente, es decir, la practicaban lejos de la lesión o cerca de ella, pues se pensaba que la sangría resultaba más eficaz que otros remedios, para remover los humores pecantes.

Como medios menos importantes de que se valían los adivinadores para predecir el futuro se hallaba la Quiromancia, una de las artes más antiguas de la adivinación. Estudiada y practicada desde los tiempos prehistóricos, no tenía y tiene otro objeto que el de adivinar la salud

de que goza cualquier individuo, su carácter y el futuro que le espera. Para ello observaban la forma de las manos, sus ondulaciones, las líneas que se ven en sus palmas, la claridad o borrosidad, color, dirección, ramificaciones y cruzamientos de sus rayas, para deducir las características del alma de los hombres antes que las enfermedades del cuerpo.

Lo mismo hemos de decir de las echadoras de cartas, porque los sitios donde tienen éstas su campo de acción, parecen estar en personas relacionadas con conflictos familiares, abandonos de hogares, mezclas de sustancias consideradas demoníacas y disgustos y desengaños amorosos.

IV

Relacionado con las predicciones, aún cuando en ellas jugaba un papel principal la fe que ponían en la significación e interpretación de los números, tengo que decir que los primitivos pobladores, al igual que los astrólogos babilónicos y caldeos, tenían la idea de que ciertos números de nuestra numeración podían ser sagrados o malignos.

En general, los números han ejercido influjo en los ánimos inclinados a la superstición. Para Pitágoras el número 1.º designaba el carácter sublime de la divinidad, el 2.º el principio del mal, el 3.º la armonía perfecta, el 4.º el símbolo de la perfección, el 5.º el matrimonio por estar compuesto del 2 y el 3, primer par e impar, el 6.º la justicia porque los antiguos geómetras dividían los sólidos en seis partes, el 7.º las vicisitudes de la vida y de él formaron los médicos su año climatérico, el 8.º la ley natural porque hace a los hombres iguales, el 9.º la fragilidad de las cosas humanas y el 10.º por comprenderlos a todos, encerraba las maravillas del Universo. Hesiodo en su libro *Las obras y sus días*, nos dice que el 1.º, 4.º y 7.º días del mes eran sagrados, el 8.º y el 9.º especialmente buenos para las obras del hombre, el 12.º mejor que el II, el 5.º adverso y terrible, el 10.º favorable para tener un niño, el 4.º para una niña y el 9.º del primer mes, un buen día para engendrar o dar a luz tanto un

varón como una hembra. Y por último el 13.º se ha tenido por infausto entre los pueblos del Norte y aún sigue inspirando temor a muchas personas. Nada tiene de extraño, pues, que los isleños tuvieran también sus predicciones numéricas y que de ellas o de su significado se valieran para afianzarse en el valor de sus presentimientos, pues como veremos a continuación, los números ejercían una influencia extraordinaria en la marcha y tratamiento de sus enfermedades, hasta el punto de que algunos de ellos poseían significado simbólico de curación.

En efecto, para los habitantes de las islas, los números impares estaban considerados como místicos, es decir poseían misterio o razón oculta especialmente el 3 y sus múltiples, por considerárselos como los más populares para la suerte buena o mala. En menor proporción, lo eran los 5.º 7.º y 9.º.

Veamos ahora la significación e importancia que tenía el número 3, pues como veremos a continuación, tres eran los elementos de que se componían sus remedios y tres el tiempo que dedicaban a cada uno de ellos. Es curioso el hecho y vale la pena de destacarlo, pues durante muchos años y aún hoy, estuvo a la cabeza de los restantes.

En efecto, antes hicimos referencia al hablar de las escrófulas que con el producto obtenido al machacar las hojas del moralillo, dejaban caer tres gotas en cada oído del paciente durante tres días de luna nueva y tres de cuarto menguante; que en el tratamiento de la insolación daban tres tirones a los pelos del insolado; que colocaban encima de su cabeza una toalla doblada en tres picos y rezaban tres veces seguidas, los correspondientes rezos y que las mujeres canarias se sangraban a los tres meses de embarazo.

Pues bien, además de estas prescripciones, aconsejaban para quitar los dolores de estómago y desaparecer las náuseas, obtener del jugo de los frutos de la mocanera, sumamente dulces y expuestas durante tres días al sol, la miel o chacerquén que adquiría consistencia de arroje después de cocida con un poco de agua.

Para tratar los empeines aplicaban la saliva, *in situ*, durante tres días seguidos. Para curar la erisipela pasaban sobre la parte enferma, la concha de un morrocoyo

o dejaban caer la sangre procedente de la cresta de un gallo negro recién cortada. Estas curas las practicaban tres días consecutivos y las repetían tres veces en cada una de ellas acompañadas de la correspondiente oración.

Para la opilación, nombre que daban a todo impedimento al paso de las sustancias por las vías naturales del cuerpo, hacían una infusión de hierbas aromáticas preparadas a base de pimpollos de naranjo dulce, agrio, pazo-te, alzándara, caña limón, hierba buena etc., siempre y cuando en cada infusión entrasen, sólomente, tres de las plantas mencionadas. Una vez hervidas, apartaban el recipiente del fuego y ponían tres piedras vivas dentro de sus brasas. Al tomar el color rojo cogían una con una cuchara y la depositaban dentro del caldero. Una vez tapado el recipiente, rezaban un credo. Igual operación hacían con las otras dos, de manera que se echaban las tres y se rezaban tres credos.

Para la pulmonía después de sangrar, tomaban tres gotas de la sangre recogida y las vertían en un vaso de agua para saber si iban o no al fondo y por lo tanto si el enfermo se curaba o moría. Después hacían una infusión con tres hojas de higuera negra, de la cual tomaban tres tazas al día, o un cocimiento con tres o seis cochinillas de humedad tostadas.

Para los resfriados preparaban un lamedor a base de tres pimpollos de tarahal, tres cucharadas de almendras, tres pasas y tres gajos de alfalfa mezclados con azúcar morena. Para la perlesía, debilidad muscular acompañada de movimientos convulsivos, aplicaban el humo procedente del sa-humerio compuesto por tres gramos de trigo, tres trozos de palmita bendita, tres trozos de trapos tirados al muladar y tres gajos de laurel, barriendo a continuación el producto de la combustión, con una escoba nueva.

Para arreglar el pomo o madre, aconsejaban tomar durante tres días, en ayunas, una taza de te con una cucharada de aceite de almendras y otra de ron. Al tercer día colocaban un parche de diaquilón gomado u otro contra rotura, sobre el ombligo del paciente.

El significado o misterio de los números 5, 7 y 9 lo tenían en menor estima, como lo demostraban los pocos casos en que ellos inspiraban el tratamiento. Así por ejem-

plo, curaban las lombrices haciendo uso de una infusión de hinojo a la que añadían cinco dientes de ajos, evitaban los dolores de muelas cortándose las uñas durante siete lunes consecutivos, quitaban el hipo tomando despacio siete buchets de agua durante los cuales había que mantener la respiración para que ésta no se fuese por el camino viejo y se sangraban las mujeres a los siete meses de estar embarazadas.

Para tratar la sarna, dije anteriormente, que después de estregados en los campos de maíz o centeno recién segados, se sumergían en el agua del mar nueve veces y por cada vez que lo hacían, recibían, nueve olas y para quitar el susto, tomaban durante nueve días seguidos una infusión de tres hierbas aromáticas a la que echaban tres piedras vivas encendidas por la acción del fuego para producir el chasquido que se origina cuando se unen dos cuerpos con temperaturas distintas.

Ahora bien, si estos números impares estaban considerados como místicos, es decir, poseían misterio o razón oculta, no había duda que el poder sagrado aumentaría, si se unían remedios en los que intervenían todos o muchos de ellos. Como ejemplos tenemos los santiguados, conjuro o invocación en los que se emplean palabras y símbolos santos, que los santiguadores pronunciaban al tiempo o final de las curas, como refrendo y conformidad al tratamiento observado. Eran repetidos tres, cinco y siete veces, seguidos de tres credos según la importancia del mal y en todos ellos se invocaba a la Santísima Trinidad. Igualmente en los hechizos, prácticas supersticiosas a las que atribuían virtudes mágicas, se valían de una clara de huevo puesta del día, batida con un litro de vino blanco de malvasía al que añadían tres hojas de albahaca, cinco de parra, siete de naranjo dulce y un poco de te. Todas estas hojas, después de hervidas, se colocaban y tomaban en frío con el vino y la clara de huevo.

Demostrada la preferencia que tenían los isleños por el número tres y en general por los impares, no podemos decir lo mismo con referencia a los pares, pues por ello no tenían tanta devoción ni sentían tanta fe en el poder mágico de su acción. Así parece demostrarlo el que sólo trataban las articulaciones enfermas de los reumáticos, con

una pasta constituida por dos ajos machacados y dos rábanos cortados en pedacitos, cocidos con vinagre fuerte, la que extendían sobre un trapo para frotar las partes inflamadas, hasta que el enfermo sentía alivio, y que curaban la mordedura producida por un perro rabioso, cortando cuatro pelos del rabo del animal y colocando sus cenizas, después de quemadas, sobre la consiguiente herida.

V

En resumen: ¿qué enseñanzas hemos podido recoger del estudio de la medicina popular canaria a través de sus adivinadores?; ¿qué influencia ha ejercido su práctica en la salud de los habitantes del archipiélago? Sabemos que esta ciencia, como otras de la Naturaleza, ha sido cimentada en la observación de las reacciones habidas entre el organismo humano y los remedios proporcionados por los tres reinos: vegetal, animal y mineral, y que si en su mayor parte adquirió lo que en ellas había de verdad científica, hay que confesar que en otra mínima proporción lo fundamentó en el conocimiento de las tradiciones populares.

Díganlo, si no, los muchos ejemplos de que está llena la patología y terapéutica humanas relacionadas con cuanto acabamos de decir. Basta recordar que desde hace siglos, se describen las tres semanas (invasión, período de estado y de efervescencia) en la fiebre tifoidea, que el período de incubación de bastantes enfermedades infecciosas oscila entre días impares, que los exantemas de las enfermedades eruptivas duran tres días, que la fiebre de las trincheras se llama de los cinco días en razón al tiempo de su evolución, que la fiebre recurrente europea surge a los cinco días de inyectada y desciende de una manera brusca y rápida después de otros cinco días de fiebre, que las crisis de la pulmonía tienen lugar al tercero, quinto, séptimo y noveno días después de su comienzo, que la fiebre en el paludismo se produce, según su forma y duración, en días alternos o cada tres días, que la cura de la sarna dura tres días, que en el tétanos existe uno, el quinto, en que se debate la lucha por la vida, que el embarazo dura nueve meses, etc. etc.

De ahí que la medicina popular canaria tenga un valor real y positivo sostenido durante siglos, que no es posible olvidar. De ahí la meritoria labor que han llevado a cabo los investigadores que de su estudio se han ocupado, pues no en vano presentimos que esta medicina casera, basada en la observación de los hechos naturales, llegará a desaparecer del todo, con los adelantos y descubrimientos maravillosos de la medicina moderna.

JUAN BOSCH MILLARES